

riendo, elevaba los ojos arrasados en lágrimas al cielo con la resignacion de una santa.

Todas se habian marchado ya.

Julita y su querida hermana acababan de entrar en la habitacion contigua en que vivian, sin que notasen la mas mínima cosa.

La infeliz mujer, al ver que nadie quedaba ya en la escuela, perdió la esperanza de ser vista, exhaló un profundo suspiro, y se preparaba á abandonar la ventana con el alma desgarrada por el dolor y henchida de amargura, cuando se fijaron sus ojos en un jóven de elegante porte que llamaba á la puerta del instituto.

Era Nuñez.

La alegría y la ansiedad se pintaron de repente en el semblante de la que inútilmente habia esperado hasta entonces que reparasen en ella.

El corazon le saltaba y parecia que se le iba á salir del pecho.

Quiso llamarle; pero se detuvo mirando otra vez hácia el interior del cuarto.

Nuñez volvió la cabeza mientras se presentaban á saber quién llamaba, y dirigió la

vista hácia los objetos que se encontraban esparcidos en aquella pequeña pradera.

La mujer de la ventana, creyendo próxima la realizacion de su deseo, sacó un brazo blanco, redondo y bien formado por entre las rejas, haciendo señas de que se acercara.

El jóven, que nada habia visto, pero que seguia recorriendo con la vista cuanto le cercaba, iba á dirijir los ojos hácia aquel sitio, cuando vino á impedirselo la hermosa preceptora, que se presentó en la puerta.

—¿Por qué no pasa vd. adelante? Nadie necesita llamar á la puerta para pasar á su casa.

—Mil gracias.

Dijo Nuñez quitándose el sombrero respetuosamente y entrando á la pieza.

Al verle entrar, la que permanecia detras de la reja, dejó escapar un gemido que casi espiró en sus labios.

—¡Dios mio! ¡Dios mio....!—exclamó con el acento mas profundo de dolor:—¡ten compasion de esta desventurada mujer....! ¡Tú

que has traído tan cerca de mí al hombre que puede salvarme, haz que sus ojos se fijen en esta desdichada que implora tu piedad....! No me abandones, Padre mio, en estos instantes supremos de la vida....! ¡Líbrame del poder del inicuo que me ha robado la dicha y la tranquilidad purísima del alma....! ¡del que ha destruido en un solo momento los miríficos ensueños que halagaron constantemente mi existencia... ¡el bello ideal de un porvenir lleno de encantos y de poesía, que me brindaba con su amor el mundo....!

Y un raudal de lágrimas rodaron por sus pálidas mejillas.

—¡Oh....! ¡si yo pudiese romper los fierros de esta ventana, en cuyo cuarto gimo presa y sin ventura....!—continuó la desdichada.—Pero sus rejas son duras como el corazón de mi atroz verdugo, y se encuentran tan fuertes, como débiles mis brazos....!

Y la infeliz hacia esfuerzos inauditos por arrancar aquel funesto enrejado por donde entraba la única luz que bañaba su prision.

Pero todo era en vano.

La empresa era muy superior á las abastidas fuerzas de una desgraciada mujer.

Pronto conoció su impotencia, y convencida de que nada alcanzaria de aquella manera sino agotar su vigor, remitió á Dios la defensa de su libertad.

Conforme con esta resolucion, abandonó su desesperada empresa, y esperó resignada y orando, detras de la ventana, á que saliera Nuñez.

Pero en tanto que ella aguarda, escuchemos el diálogo á que están entregados Nuñez y la hermosa preceptora.

—Siempre he creído—decia ésta—que en medio de la desmoralizacion que emponzoña á la sociedad, arrancando del corazón de los individuos la fe y las creencias que han enjendrado en todos los siglos rasgos de beneficencia inapreciables, existian hombres altamente generosos que han tenido la dicha de salvarse de la corrupcion general, lumbreras honrosas de la humanidad, en quienes se mantiene viva y esplendente la llama de la caridad; pero nunca imaginé

que llegaria su filantropía al grado supremo que en vd. descuella.

—No hago mas que cumplir con un deber social y satisfacer las exigencias de mi corazon.

—¡Ah! cuántas veces he bendecido la hora en que Dios me condujo á pedir hospitalidad á las puertas de la compasiva casa de Doña Anita, en la triste noche en que mas abandonada me creia de la suerte!

—No menos he bendecido yo, virtuosa Amalia, el instante en que concebí la feliz idea de hacer una visita á esa misma señora, en cuya casa tuve la dicha de conocer á usted.

—Y de compadecerse de mi triste situación: de mi situación, que por vd. ha cambiado; por vd., á quien le debo todo.

—¡Oh! Amalia, el noble corazon de vd. le hace exagerar un hecho bien sencillo sin duda, que lo hubiera practicado cualquiera otra persona que hubiese tenido la dicha de verla á vd. antes que yo.

—No, no lo crea vd.; y si la Providencia

no le hubiera presentado á vd. á mi paso para tenderme una mano amiga....

—Le hubiera concedido á otro la dicha que me ha concedido á mí:—contestó Nuñez sin dejarle acabar.—Cada criatura tiene su Providencia: yo he tenido la mia: otro la tendrá en vd. La mision de cada hombre es ser la *providencia* de otro mas desgraciado. Pero todas estas *providencias* no tienen ningun mérito propio: no tienen mas que la honra y la felicidad de que Dios, que es la única Providencia, la Providencia eterna, les haya juzgado dignos de la satisfactoria mision de dispensar sus dones.

—Sí, es cierto;—contestó la hermosa con acento dulce y triste—pero ¡son tan pocos los que en el mundo se hacen dignos de esa mision, que rara vez las lágrimas del desgraciado encuentran quien las enjague sobre la tierra!

Nuñez se conmovió con aquellas palabras.

Ninguno como él, que habia sido desgraciado, conocia toda la fuerza de aquella verdad.

Se acordó de que, cuando quiso volver á

la senda de sus deberes de que se habia separado para olvidar su amor, no halló en los hombres mas que egoismo y orgullo, y que solo uno, Leopoldo, se compadeció de sus desgracias y le tendió una mano amiga.

El recuerdo de esta verdad le afectó profundamente, porque le hizo ver la crueldad del mundo para con los desgraciados; pero interesado en que á la noble accion que habia practicado con Amalia no se le diese la mas ligera importancia, sino que se la reputase como un rasgo comun de los que se practican diariamente en la sociedad, replicó afablemente.

—Si existen tal vez algunas personas que puedan ver con criminal indiferencia el llanto y la miseria del triste abandonado por la suerte, son por fortuna excepciones que desaparecen entre el considerable número de buenas y compasivas.

—Será así; pero esto, lejos de relevarme del deber y de la satisfaccion de agradecerle á vd. sus favores, me pone en la grata obligacion de apreciarlos, como recibidos de una persona de quien esa eterna Provi-

dencia, como antes deciamos, se sirve para socorrer al desgraciado.

—¿Y va en aumento el número de discípulas?

Dijo Nuñez tratando de dar á la conversacion otro giro que no mortificase su excesiva modestia.

—Todos los dias tengo el gusto de que me encomienden la educacion de alguna nueva niña.

—Me alegro infinito, porque eso habla muy alto en favor de los adelantos que hallan los padres en sus tiernas hijas.

—Al menos conocerán que hago cuanto está de mi parte para proporcionarles todos los conocimientos de que son susceptibles en esa tierna edad.

—¿Y está vd. contenta con su nueva profesion?

—En extremo. Nada hay para mí mas grato que la enseñanza de la niñez: ¡quiero tanto á los niños....! ¡tienen una alma tan cándida y tan pura....! ellos me reconcilian con el mundo.... Sí, ellos; porque estoy persuadida de que si esas tiernas plan-

tas estuviesen encomendadas á sábios, afa-
bles y religiosos cuidadores, crecerian rec-
tamente sin inclinarse hácia el lado del
vicio, y la sociedad se regeneraria como
por encanto. Las familias mas morigeradas,
son aquellas que han recibido una esmera-
da educacion religiosa y moral. Las socie-
dades mas benéficas son aquellas cuyos
miembros crecieron practicando los deberes
que prescribe la religion: ¿por qué, pues,
con los mismos medios y las mismas doc-
trinas no han de producirse idénticos resul-
tados en la nacion, que no es otra cosa que
una gran familia? El dia en que los gobier-
nos vigilen sobre la educacion primaria, y
el profesorado esté encomendado únicamen-
te á personas de una moral intachable, de
un corazon tierno y compasivo, y de sólido
saber, á personas dignas, cuyo trabajo esté
justamente remunerado, los delitos serán
menos, la industria mayor, las naciones po-
drán disminuir su fuerza de policia, y las
leyes encontrarán en los ciudadanos sus
mas fieles observantes. La religion y la mo-
ral son los elementos organizadores de toda

sociedad: incúlquese estos dos principios
en el corazon de los niños; levántese sobre
bases tan sólidas las ciencias, y el edificio
social, sostenido por tantas fortísimas co-
lumnas, cuantos son los ciudadanos, será
la imperecedera roca á donde vayan á es-
trellarse impotentes las olas de las bastar-
das revoluciones.

—¡Qué excelente madre de familia haria
vd., hermosa Amalia....!

Dijo Nuñez admirado del recto juicio de
su linda interlocutora.

—¡Excelente madre....!

Contestó Amalia estremeciéndose y pali-
deciendo notablemente.

—Quien con tanto acierto sabe dirigir á
la niñez, y tiene para todos un corazon no-
ble, tierno y amoroso, no podria menos que
ser el modelo de las madres cariñosas.

—Para ser maestra bastan la riqueza inte-
lectual y un corazon bueno y generoso. Pa-
ra cumplir religiosamente con los deberes
de madre, es indispensable contar con los
recursos conque pueda proporcionarse el

alimento de sus hijos. ¿Qué hace una desgraciada mujer que no tiene que dar pan á sus hambrientas criaturas, que desfallecidas de necesidad, dirijen sus ojos llorosos pidiendo á la que les dió el sér, el preciso alimento....? ¿Qué hace esa pobre mujer—continuó conmovida—que las ve morir de hambre, que no puede socorrerles por sí misma, y que cada súplica de los hijos de sus entrañas es un dardo agudo que desgarrar su sensible corazón....? ¿Les verá espirar resignada? ¡Ah...! eso es imposible...! ¡Una madre no puede presenciar con santa conformidad la muerte de los objetos mas caros para ella!.... ¡Antes hará el sacrificio inmenso de exponerlos á la puerta de la casa de alguna familia religiosa y caritativa, que compasiva los recoja!....

Y Amalia volvió á estremecerse al pronunciar estas palabras; sus ojos se llenaron de lágrimas, y su pecho se oprimió como si lo hubieran ceñido con una plancha de hierro.

Núñez leyó en aquellas lágrimas la excesiva sensibilidad que atesoraba el alma

de su interlocutora, y le dijo con el mayor interes.

—Pero ese estado de pobreza que ha trazado vd. con enérgicos rasgos, toca en un extremo horrible.

—¡Olvida vd.—contestó Amalia con tristeza—¿cuál era la situación que yo guardaba hace todavía poco tiempo?... ¿No era esa misma que acabo de pintar?... Hambrienta y miserable; ¡no mendigué un rincón en el húmedo cuarto de una infeliz portera?... Si hubiera sido madre, ¿hubiera sido criminal si antes de ver perecer á mis queridos hijos les exponía á las puertas de una familia rica y virtuosa, que les salvase de una muerte horrorosa?

Y las facciones de Amalia se pusieron lívidas y desencajadas, como si realmente le hubiese acontecido la desgracia de abandonar á sus hijos.

Núñez admiró la sensibilidad de aquella simpática mujer á quien afectaba tan profundamente la simple consideración de un acontecimiento lamentable.

—Veo—dijo conmovido el jóven y con

acento dulce—que se posee vd. vivamente, y que toma vd. una parte activa en los padecimientos de la humanidad.

—¡He sido tan desgraciada!....—exclamó la hermosa Amalia enjugándose el llanto;—¡he sufrido tanto, que la consideracion de los padecimientos ajenos despiertan los mios, me presenta el pasado, y me estremezco á mi pesar!.... ¡Si vd. conociera la amarga historia de mi triste vida, comprenderia los poderosos motivos que existen para ello, y me disculparia!

—Me basta para comprenderlo, comparar la esmerada educacion que en vd. resalta, con la humilde posicion que ocupa.

—Yo le agradezco á vd. infinito la delicadeza con que siempre se ha excusado de escuchar la relacion de mis desgracias: antes de que me tendiera vd. una mano protectora y amiga, tuve empeño en que supiese vd. á quién dispensaba sus favores; pero vd. quiso ahorrarme la pena de referirlas, y todo ignora vd.

—Menos que es vd. la mas digna de las consideraciones de toda la sociedad.

Dijo Nuñez levantándose y tomando el sombrero para salir.

—Mil gracias por la buena opinion que se ha formado vd. de mí. Pero ¿por qué se marcha vd. tan pronto?

—El principal objeto de esta visita ha sido poner en manos de vd. el título de preceptora que me encargué de recoger para vd., y que tengo el gusto de poner en sus manos.

Dijo Nuñez sacando un papel de la cartera y entregándoselo á Amalia.

—Le vivo á vd. muy agradecida por todas sus finezas. Pero ¿no quiere vd. detenerse otro instante?

—Me quedaria con mucho placer; pero tengo precision de ver á un amigo que está enfermo, para saber si le ha llevado alguna noticia agradable un tal Willey.

—¡Willey!

Exclamó asombrada Amalia.

—¿Cómo! ¿le conoce vd....?

—He oido hablar de él algunas veces.

Dijo la hermosa tratando de disimular su sorpresa.

—Pues me interesa saber si le ha llevado á mi enfermo amigo una noticia que le interesa, y por eso me retiro, privándome del placer de disfrutar otro instante mas, de la grata compañía de vd.

—El placer seria para mí.

Exclamó Amalia acompañándole hasta la puerta.

Al llegar á ésta, la mujer que no se habia separado de la ventana, recobró la esperanza de ser vista, sacó el brazo por entre las rejas, y empezó á hacer señas con él de que se acercasen.

Nuñez se despidió, y echó á andar sin advertir nada.

La prisionera entonces agitó afanosa con su preciosa mano un pañuelo que se quitó del cuello, dejando descubiertos sus blancos y redondos hombros.

De repente, por uno de esos movimientos casuales, Nuñez alzó los ojos; pero en el mismo instante que los fijaba en la ventana, la mujer, asustada por el ruido de

alguno que abria la puerta de su cuarto, desapareció súbitamente sin que consiguiera ser vista.

Nuñez se alejó.

La ventana quedó desierta.

Y la hermosa Amalia, penetrando en su habitacion, y sentándose en una silla, exclamó:

—¡No me cabe ya duda! ¡Era Willey el que ví en casa de Doña Anita, la noche en que ésta me dió hospitalidad en su habitacion!